

na de su grandeza y no la pronunció, porque prefirió pasar por este sacrificio que no ha tenido igual.

Llegó el día en que las mujeres judías iban al templo á purificarse. Dejar de hacer lo que hacían todas hubiera sido singularizarse, y María, prefirió someterse á la costumbre de todas. Durante toda su vida permaneció fiel á la misma ley, viviendo en el retiro y desempeñando los trabajos domésticos más humildes y sin hablar jamás de su gloria. Sin embargo, no le era desconocida. Si en una sola circunstancia se vió como obligada á confesar las maravillas que Dios había obrado en ella, no lo hizo sino para que resaltara su humildad.

Tened presente que la humildad es tanto más admirable cuanto más elevada es la persona que se humilla, y cuanto más humilde es el lugar en que voluntariamente se coloca. ¿Cuáles no serían, pues, los méritos que bajo este concepto adquirió la Virgen? Nunca sabremos comprenderlos. ¡Ojalá que su ejemplo nos fuera siquiera provechoso! Nosotros, que carecemos de grandeza; nosotros que estamos llenos de vicios y defectos, creemos que valemos mucho y procuramos ostentar nuestros supuestos méritos. Dichosos los que aparapetados en la verdadera humildad, ocultan en la oscuridad de la familia y en la soledad los méritos que tienen á los ojos de Dios.

Si así lo hiciéramos, si apreciásemos debidamente los hombres y las cosas, seríamos verdaderos amigos de Dios, que es nuestro único amigo en la tierra.—ASÍ SEA.

MARIA EN LA ASCENSION DE JESUS

DIA VEINTISIETE

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Quo abiit dilectus tuus, o pulcherrima mulierum, quo declinavit dilectus tuus?

Cant., V, 17.

Ipsa est qui ascendit super omnes caelos ut impleret omnia.

Ephes., IV, 10.

Nunc magnificabitur Christus in corpore meo, sive per vitam sive per mortem. Quod si vivere in carne hic mihi fructus operis est, et quid eligam ignoro. Coarctor enim e duobus, desiderium enim habens dissolvi et esse cum Christo, multo magis melius: permanere autem in carne, necessarium propter vos.

Philip., I, 22.

Et hoc confidens, scio quia manebo et permanebo omnibus vobis ad profectum vestrum, et gaudium fidei, ut gratulatio vestra abundet in Christo Jesu in me, per meum adventum iterum ad vos.

Id., Ibid.

Ubi est thesaurus tuus ibi est et cor tuum.

Math., VI, 21.

Ad punctum in modico derelique te, et in miserationibus magnis congregabo te.

Isa., LIV, 6.

Et cum hæc dixisset, videntibus illis, elevatus est, et nubes suscepit eum ab oculis eorum: cumque intuerentur euntem illum, ecce duo viri astiterunt juxta illos in vestibus albis, qui et dixerunt: Viri Galilæi quid statis aspicientes in cælum? Hic Jesus qui assumptus est a vobis in cælum, sic veniet quemadmodum vidistis eum euntem in cælum.

Act., I, 9.

Nonne Deo subjecta erit anima mea? ab ipso enim salutare meum.

Psal., LXI, 5.

Obmutui et non aperui os meum, quia tu fecisti.

Id., XXXVIII, 10.

Dominus dedit, Dominus abstulit sicut Domino placuit ita factum est; sit nomen Domini benedictum.

Job., I, 25.

In patientia vestra possidebitis animas vestras.

Luc., XXI, 19.

Expecta Dominum et custodi viam ejus.

Psal., XXXVI, 34.

Qui replet in bonis desiderium tuum.

Id., CII, 5.

Satiabor cum apparuerit gloria tua.

Id., XVI, 17.

Quis nos separabit a charitate Christi.

Rom., VIII, 35.

Bonus est Dominus sperantibus in eum, animæ querenti illum.

Thren., III, 25.

Noli timere, ego protector tuus sum, et merces tua magna nimis,

Genes., XV, 1.

Ego ostendam omne bonum tibi.

Exod., XXXIII, 19.

Certus sum quia neque mors, neque vita, neque angeli, neque principatus, neque virtutes, neque instantia, neque futura, neque fortitudo, neque altitudo, neque profundum, neque creatura alia poterit nos separare charitate Dei quæ est in Christo.

Rom., VIII, 38.

Nonne cor nostrum ardens erat in nobis dum loqueretur in via, et aperiret nobis Scripturas?

Luc., XXXIV, 32.

Et ipsi adorantes regressi sunt in Jerusalem, cum gaudio magno.

Id., Ibid.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. Volviéndose Jesús hacia su madre le dijo: La paz sea contigo. Bendita seas, madre mía. No te entristezcas al verme subir al cielo. Yo no te abandonaré, porque eres la luz del mundo; no te abandonaré á tí, que eres el tabernáculo sin mancha y el templo de la divinidad: no te abandonaré á tí, que has sido hallada más pura que todas las criaturas de la tierra; no te abandonaré á tí, que eres mi santuario incorruptible; no te abandonaré á tí que eres mi madre y has permanecido virgen. (*Chrisost. hom. in Ascens. Christ.*)

II. Estando próximo Jesús á subirse á los cielos, los apóstoles se le acercaron y fueron besándole cada uno la mano. Jesús les abrazó á todos con ternura. ¿Véis á ese

venerable anciano? Es Pedro. Ved cómo se acerca á su maestro. Ved cómo el amado discípulo se arroja á sus pies para besarle con respeto. La Virgen Madre fué la última que se acercó y se arrojó en brazos de su Hijo. ¿Por qué no podrá permanecer allí y volar con el amado de su corazón? ¡Cuánta alegría y cuánto gozo, pero también cuántas lágrimas y cuántos suspiros! ¿Qué le habréis dicho á vuestra madre, oh Dios mío, al separaros de ella? ¿Por qué no nos habrán hablado de esto los evangelistas? Bien nos pesa á todos ignorar lo que pasó en esta última entrevista. (*S. Thom. Valent. conc. 4. in Ascens. Domini.*)

III. Las madres que tienen buen corazón, acostumbran regocijarse cuando ven á sus hijos colmados de honores y de dignidades. ¿Sería posible, por lo tanto, que esta madre divina, que fué la mejor de las madres en la tierra, hubiese permanecido insensible al ver que subía su Hijo á lo más alto de los cielos para ocupar su asiento en el trono que le preparó su Padre al lado suyo? Su corazón se estremeció de un gozo indecible. ¿Quién podría explicar lo que pasó en su alma en ese afortunado momento? (*Id. Ibid.*)

IV. Si queréis saber lo que hizo María después de la Ascensión del Salvador, tened entendido que la Virgen conservó su alma y su cuerpo exento de toda mancha. El arcángel Gabriel, fué como un parainfo destinado para que velase por ella. Juan, el apóstol y evangelista á quien la confió Jesús desde lo alto de la cruz, la recibió en su casa, y el discípulo virgen prodigó á la madre virgen también los cuidados más asiduos y delicados. Como sabía además que serían útiles los ejemplos que ella nos diese, conversó muchas veces con los apóstoles antes de su dispersión. Claramente nos lo dice San Lucas cuando cuenta en su Evangelio que los discípulos al regresar del monte de los Olivos, fueron á Jerusalén y

subieron al cenáculo, donde los apóstoles se hallaban reunidos. Allí, dice, juntaban sus oraciones de común acuerdo con la Madre de Jesús y con sus hermanos. (*Hieron. Epist. ad. Paul. et Eustoch.*)

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

Tres sentimientos ocupaban ese día solemne el corazón de María.

I. Un sentimiento de tristeza.

Todavía debía separarse de su Hijo, y ¡es tan triste separarse de aquellos á quienes se ama! Todavía deberá vivir sin Él, y arrastrar en la tierra la penosa existencia de una madre que ha perdido á su Hijo. ¿Por qué no me es dado volar con vos al través de esa nube que os oculta á mis ojos? ¿Acaso, Hijo mío, no soy ya vuestra madre? ¿Será posible que este día, que es el en que comienza la dicha eterna de vuestros santos, sea para mí el primero de un eterno destierro?..... Así exclamaba María cuando la consoló una idea bajada del cielo. Algo le decía en su corazón que este destierro debía durar poco, que no sería larga su separación, y que á ella, más todavía que á sus discípulos, dirigió Jesús estas palabras: *Vado parare vobis locum.*

II. Un sentimiento de alegría.

Este día es de triunfo para su Hijo, y ella toma parte en su alegría. Por esto se une con los coros de los ángeles que iban delante de Jesús, tomó parte en sus transportes y contó con ellos sus grandezas. ¿En qué parte hallarán mejor eco las alabanzas de un hijo que en el corazón de una madre?

III. Un sentimiento de deseo.

Estos dos sentimientos, el de tristeza por la separación de su Hijo, y el de alegría por los triunfos que obtuvo, dieron nacimiento en el corazón de la Santa Virgen á un tercer sentimiento que dominaba y absorbía los demás: era el deseo de reunirse prontamente con el que acababa de dejarla. ¡Cuán ardiente es este deseo, cuán vivo el fuego que interiormente la abrasa y consume! María alzaba los ojos y las manos hacia el cielo y sentía verse de nuevo separada de su Hijo.

Cuando hubo subido el Salvador al cielo, sus discípulos, privados de su divina presencia y de sus santas palabras, recurrieron á María y reconocieron entonces la verdad de estas palabras de Jesús, en las que no habían fijado hasta entonces su atención: *Non relinquam vos orphanos.*

ARTÍCULO V

Extractos y pensamientos diversos

I El acontecimiento de la Ascensión del Salvador, grande como es en sí, en nada menoscaba el carácter de sus apariciones precedentes. ni el mérito correspondiente á la dignidad de María. En aquellas, "hubo efectivamente quien dudara," todavía en ellas echó en cara Jesús á sus discípulos su incredulidad y la dureza de su corazón; en ellas, en fin, les abrió una vez más las Escrituras, y les mandó llevar al mundo la antorcha de la fe que no tenían ellos aun por completo, y que debía ser el don del Espíritu Santo de esta virtud del cielo que prometió mandarles cuando ascendió.

María tenía este don y esta virtud. Desde su concepción estaba llena de ellos, sobre todo cuando vino á ella el Espíritu Santo, cuando el Altísimo la cubrió con su sombra para hacerle concebir y dar á luz al Verbo de Dios. De modo que diferentemente de todos los apóstoles, había profesado y profetizado ya la fe cristiana en el cántico de su gratitud; lo había manifestado en el martirio de su compasión y de su dolor. No era, pues, necesario que María estuviese presente en las demás apariciones de su divino Hijo después de la resurrección y en la Ascensión, puesto que, como acabamos de demostrarlo por el texto de los evangelios, esas apariciones no tuvieron más objeto que convencer la incredulidad de los apóstoles, y de prepararles para recibir los dones que María poseía ya.

Es, pues, notable que después de presentarnos á la Santísima Virgen al pie de la cruz, en su actitud heroica de madre de Dios y de los hombres, y de haberla hecho desaparecer completamente en la resurrección y en la Ascensión, la hacen aparecer de nuevo las relaciones divinas después de la desaparición de su Hijo, para presentárnosla en el Cenáculo "perseverando en la oración" con los apóstoles y con las santas mujeres.

Siempre vemos así á María en las situaciones de fe y de prueba, y nunca en las de manifestación y alegría. No se la ve en Thabor pero sí en el Calvario; no se presenta en la resurrección y en la Ascensión, pero sí en el Cenáculo. ¿Quién podrá dejar de ver en esta economía el testimonio más glorioso de la fe, de la fortaleza y de la fidelidad de María?—(*Nicolás, la Virgen, según el Evangelio, cap. XX*).

II. Al ir á comenzar su reino glorioso, el Hijo bendito de la Virgen quiso dejarla en este mundo para que fuese el sostén de los buenos y el recurso de los pecadores. Con efecto, ella era la maestra de los apóstoles, el apoyo de los mártires, la gracia de los confesores, el espejo brillante de las vírgenes, el consuelo de las viudas, el censor saludable de los casados y el más firme sostén de todos los fieles.—(*Santa Brigida, sermón angelico, capítulo XIX*).

III. ¡Oh evangelista! ¿Por qué habéis guardado el silencio en lo que respecta á la divina María? ¿Qué dijisteis á vuestra madre Santísima, oh Dios mío! Queremos saber qué bellísimas palabras salieron de vuestros labios divinos cuando os despedisteis de vuestra madre amorosa. Tal vez, cuando María le apremiaba para que la llevase consigo, le dijo Jesús: Todavía necesito en la tierra de vuestra presencia, oh madre mía. Vos seréis el consuelo de las familias y de los fieles que han creído en mí y forman la cuna de mi naciente Iglesia. Yo que he vivido nueve meses en vuestro seno, estaré siempre en vuestro corazón; y aunque separado de vos, no me alejaré de vos. El cuerpo que me disteis, descansará en el cielo, pero allí os prepararé un trono junto á mí. Dicho esto levantó las manos y bendijo á todos los que le habían acompañado.—(*Thomas, arch. Valent. Conc. 4 in Ascens Dom*).

IV. Jesucristo dejó á su divina madre en la tierra y no la hizo subir con Él, para que hiciera pasar al espíritu y al corazón de los apóstoles todo lo que Él le había enseñado en los treinta y tres años de su vida en la tierra. Era preciso que, la que según la antigua profecía, fué destinada para quebrantar la cabeza de la serpiente infernal, acabase su obra haciendo pasar al corazón de los primeros fieles la fe y el amor hacia el Redentor; preciso era, en fin, que á esa Iglesia naciente, de la que fué proclamada soberana y señora en la Ascensión de Jesús, la hiciera crecer y desarrollarse con sus cuidados para presentarla después á su Hijo sin mancha ni vacío.—(*S. Petrus Bleensis. Serm. de Assumpt. 33*).

V. Cuando Jesucristo dejó de hablar en el Cenáculo de la santa montaña de Sión, después de haber terminado sus recomendaciones y dado con amor sus últimas instrucciones á sus apóstoles y discípulos, salió con ellos y se dirigió al lado de Bethania, como lo relata San Lucas. No está fuera

de lo natural el suponer que les precedió para enseñarles el camino y que recorrió á pie todo el espacio que separa la montaña de Sión del monte de los Olivos, que escogió como punto de su Ascensión. Nada se opone á la creencia de que Jesús, que era la bondad misma, para consolar al pequeño rebaño á quien iba á dejar, quiso favorecer con su presencia á los que había amado, pero de modo que sólo lo vieran su santa madre, los apóstoles y los discípulos que estaban con Él en el Cenáculo, sin que le viera la muchedumbre de judíos que les habían seguido al monte de los Olivos.

Nadie pone, por lo tanto, en duda que la divina madre, los apóstoles y los discípulos se hallaban reunidos con los demás discípulos en el Cenáculo, lleno el corazón de emoción y de santo ardor, y que de allí se dirigieron á presenciar la Ascensión de su amado Salvador.—(S. Bernardin. *Serm. de Ascens. Dom. art. 1, cap. 3*).

VI. ¿Cuál será el genio, por poderoso que sea, que se atreverá á sondear la inmensidad del gozo de la divina madre en la Ascensión de su Hijo y que no se vea al intentarlo, presa de un inexplicable vértigo? Si tan grande es este motivo de gozo, ¿qué no será el gozo mismo? Oh dulce Jesús, tierno Hijo de una madre tan amable ¿cómo soportasteis, al remontaros al reino de vuestra gloria, que una madre tan buena permaneciera en la tierra privada de su Hijo? ¿Por qué no la llevásteis con vos al cielo? Sin duda obrásteis así, oh Dios mío, para no dar lugar á las dudas ni á la menor vacilación en el corazón de vuestras falanges celestes que se preparaban para celebrar triunfalmente vuestra entrada en el cielo. Tal vez vuestra corte celestial hubiera titubeado sin saber á quien de los dos debía tributar sus homenajes. Os hubieran visto á vos, Señor, y rey de los ángeles, volviendo como un conquistador entre sus cortesanos, después de haber tomado el cuerpo, instrumento de vuestro regreso. Pero también hubieran visto á esta reina soberana, á esta madre á vuestro lado y ostentando noblemente en ese reino sus derechos maternos. Ahora comprendo que no convenía que las legiones celestiales se dividieran, y que en esa solemne entrada, unos os ensalzaran y otros á vuestra madre, porque esa corte soberana os pertenece por entero, oh Jesús, y por vos pertenece también toda entera á María.

Bendito seáis, pues, por haber subido solo á vuestro reino; quisisteis precederla para prepararle en vuestra gloria el trono de la inmortalidad, y con el fin también de salir vos mismo á su encuentro con toda vuestra corte el día de su elevación y preparar á vuestra tierna madre un triunfo digno de ella.

Creo que estos son los plausibles motivos que decidieron al Salvador á preceder á su santa madre en el cielo. ¿Podremos dudar de ello cuando leemos en el evangelio que Jesús dijo á sus discípulos: "Voy á mi Padre, pero voy para prepararos un lugar en su reino?" Y puesto que les prometió á sus discípulos que les prepararía un lugar de honor y de gloria en su reino, ¿no es evidente que al preceder á su madre en el cielo, debía ocuparse en preparar un trono magnífico á la que debía ser la soberana del cielo y la reina de los ángeles?—(S. Anselmo, *De Excellet. B. M. V., cap. VII*).

VII. Después de la Ascensión de Jesús, nada dice el evangelio de María, sino que encerrada en su soledad, repasaba en su espíritu todos los misterios en que tomó parte. Meditaba en la Encarnación divina de su Hijo, en su nacimiento, en las palabras que le dirigió el viejo Simeón en el templo, en la huida á Egipto, en sus palabras, en sus milagros, en su doctrina, en su vida, en su muerte, en su resurrección y en su Ascensión. Llena de luz divina, conversaba con los apóstoles y les hablaba de mil cosas admirables que debían saber para que ellos á su vez instruyeran á los pueblos.—(S. Thomas, *arch. Valent Conc. 4. in Assumpt. B. M. V.*)

VIII. ¿Dónde estabais, oh María, cuando Jesús dejó la tierra? En el mismo capítulo de las *Actas*, relatando San Lucas la Ascensión y el cenáculo, nombra á María en el segundo caso, y á los apóstoles; pero no la nombra en el primero. Debemos, por lo tanto, deducir de esto que no se juntó con los discípulos para recibir en el monte de los Olivos la despedida de Jesús al subir al cielo. ¿Quién podrá creer, sin embargo, que no se despidiera Jesús de su madre?

Su vida pública había terminado en el Calvario y no existía ya ninguna razón para estar separado de ella. Por grande que fuese la severidad de las pruebas y del aislamiento á que la sujetó para elevar su virtud por el sacrificio, nadie podrá creer que al dejar definitivamente la tierra, se negara á mostrarse por última vez á la que tanto había sufrido con Él y por Él. También comprendo por qué no se reunió con la muchedumbre de discípulos que acompañaron á Jesús hasta la montaña. No había llegado todavía el momento de que tan dulce paloma levantara su vuelo al cielo. Pero vos, oh buen Jesús, no la abandonásteis sin verla por última vez y sin consolarla, porque no la llevábais con vos y dejábais que se prolongase su destierro aquí abajo. Vos mismo quisisteis que permaneciera retirada, dejando que los demás gozaran de un triunfo que ella contemplaba en su fe, para que se recogiera en la tristeza que desgarraba su corazón.

Tal es, efectivamente, el carácter de las emociones á las que la vemos continuamente entregada y que más que nunca inundaban entonces su alma. Dichosa y desgraciada á un tiempo mismo, no sabía á cuál de estos sentimientos entregarse. ¿Era posible que ella, que estaba entregada por completo á los intereses de su Hijo y de su naciente Iglesia, dejara de regocijarse de un acontecimiento que colmaba la gloria de Jesús, que ponía de un modo brillante el sello á su divinidad, que exaltaba su humanidad hasta colocarla á la derecha de su Padre celestial, que era el término de sus trabajos y la corona de sus oprobios y sufrimientos, que colocaba en sus manos el gobierno del universo y que presagiaba su venida solemne el día del último juicio? Mas ¿cómo por otra parte podía dejar de entristecerse al pensar que su triunfo le robaba á su amado Hijo? Había pasado á su lado treinta años y si debió vivir alejada de Él en los últimos tres años, le había encontrado siquiera en el Calvario y visto resucitado. Y sin embargo, ¿había llegado el momento en que dejaría de gozar de su presencia mientras se prolongasen los días que de vida le destinaba la misteriosa sabiduría de Dios

¿Debió, por lo tanto, alegrarse ó estar triste? ¡Alegrarse cuando sufre tanto, y entristecerse cuando está radiante de alegría!

Regocijémonos y entristezcámonos también nosotros de su alegría y de su tristeza; y recogiéndonos en nosotros mismos, abandonémonos á los mayores transportes de esperanza recordando que el cielo es nuestra patria y que Jesús nos ha precedido para escogernos en Él un lugar. Hagamos que suban hasta allá nuestros suspiros y nuestros deseos. Tengamos lástima de todo lo de la tierra, de sus placeres, de sus honores, de sus diversiones, de sus afectos, de sus promesas vanas y de sus desengaños. Lejos de profundizar en ella nuestras raíces como si no debiésemos morir jamás, procuremos desprendernos de ella haciendo continuados esfuerzos, orando y aspirando á la santidad.

Mas ¡ay! ¿Quién piensa en el cielo y á él aspira? ¿Quién se desprende de lo terreno para ir en busca de lo celestial? ¿Quién dice como San Pablo: «Quisiera morir» para estar con Jesucristo? Fuera del santuario y del claustro, hay algunos fieles y nada más. Las ilusiones del mundo y los placeres hacen olvidar á la mayoría que no tiene el hombre una vida permanente en este mundo, que su barca no debe navegar mucho tiempo y que naufragará más ó menos tarde en un mar lleno de calma y de prosperidad, si no se hace pedazos contra los escollos de las enfermedades ó de las desgracias. Sólo un océano existe en el que se navega siempre con bonanza: este océano es la eternidad.

Día llegará también para nosotros, oh divina María, en que nos reuniremos con vuestro divino Hijo en la gloria como vos os asociasteis con Él en el oprobio. ¡Ojalá que al sonar nuestra última hora podamos ser recibidos en vuestros brazos para que merezcamos que nos coloquéis á los pies de su trono y del vuestro!—AMÉN.—(Mr. Pavy, *Mes de María*).

ARTÍCULO V

PLÁTICA XXVII

NUESTRA SEÑORA DE LA MISERICORDIA.

No sólo la humildad, de que hablamos ayer, nos hace estar bien con Dios, sino que nos abre el camino para que cumplamos mejor con nuestros deberes para con el prójimo.

La causa principal de nuestra frialdad y de nuestros choques con el prójimo, es sin duda alguna el orgullo, como nos lo enseña el Espíritu Santo. *Inter superbos semper jurgia sunt.* (Prov. XIII).

La impaciencia, la cólera, los celos, la maledicencia y la calumnia son indudablemente hijas del orgullo. Una persona humilde que realmente se estima en lo que vale y tiene en mucho á los demás, halla natural que se tengan pocos miramientos con ella, mientras se cree obligada á guardar consideraciones á todos. Así es como se evitan las susceptibilidades, que son las que dan á la sociedad el carácter frío y reservado que ordinariamente manifiesta. Donde reina la humildad brilla la caridad, y si esta virtud se extinguiera, la tierra perdería sus encantos más poderosos y más puros y se convertiría en un desierto.

Es tan noble bajo mil títulos la caridad, que queremos dedicarle nuestra plática de hoy. Para hacerlo debidamente pondremos nuestras palabras bajo la protección de Nuestra Señora de la Misericordia: en Nápoles, es donde celebran más su culto. ¿Qué es la caridad, es decir, la caridad para con el prójimo? Tal como la entiende y la exige el cristianismo, debe tener tres condiciones: 1ª No puede ser negativa. 2ª Debe ser activa. 3ª Es sobrenatural. Lo que se entiende por ser caritativo es, no solamente abstenerse de hacer el mal ó desear el bien del prójimo sino que es preciso desearle y hacerle el bien, y hacerlo siempre con la mira de agradar á Dios.

Muchos son los que se equivocan con respecto á la caridad. Creen que obran según ella, no haciendo mal á nadie. El no hacer perjuicio á los demás, dejar que vivan como puedan ó como quieran sin interesarse por ellos ni prestarles apoyo alguno, y no ocuparse para nada de sus hermanos ni para el bien ni para el mal, y vivir como se vive generalmente hoy, se cree como regla general, que es vivir como se debe, es decir, en la perfección. Una perfección semejante no tiene más que un nombre, y es el egoísmo.